

Blacky Pounders

Víctor Antonio Gutiérrez Iglesias



Capítulo 1

Carter aparcó el vehículo policial en lado opuesto de la calle en la que se encontraba su destino. Moore y él bajaron del coche y se dispusieron a cruzar la calle mojada por la lluvia otoñal, cuando otro vehículo pasó ante ellos a una velocidad excepcionalmente rápida, dado el clima húmedo. Una enorme cantidad de agua embarrada, salpicada por los neumáticos del coche, bañó los uniformes de ambos agentes de policía.

—¡Majadero! —gritó Carter al temerario conductor, sabiendo que no le podía (ni le quería) oír— ¡Mierda! —maldijo entre dientes mientras se limpiaba el cristal de sus gafas— ¿Está usted bien, Moore?

—Perfectamente, jefe.

—Bien —el agente consiguió aclararse la vista—, vayamos... ¿Qué coño está haciendo, agente Moore?

El policía se había quitado la chaqueta del uniforme y se estaba desabotonando la camisa, quedándose desnudo de cintura para arriba.

—Quitarme la ropa mojada.

—¿Por qué?!

—Para no coger una hipotermia. Llevar puestas prendas mojadas es malísimo. Lo leí en una revista médica. Venga que yo le ayudo a quitarse la suya.

—¡Quíteme las manos de encima, cenutrio! ¡Y haga el favor de vestirse, por el amor de Dios!

—Pero si no tengo ropa limpia.

—¡PÓNGASE EL UNIFORME DE UNA PUÑETERA VEZ!

—Vale, jefe. No hace falta que se altere —Moore acató las órdenes de su superior y volvió a ponerse la chaqueta mientras tiritaba de frío.

Cruzaron la calle, esta vez sin ningún percance, para encontrarse ante una fachada con un cartel que rezaba ***Mafiosos S.L.: Apuestas totalmente legales***. La puerta de madera tenía, en la parte alta, una cristalera en la que estaba escrito en letras negras el mismo texto que formaba el cartel, junto con un número de teléfono. A través de la cristalera, se podía ver un recibidor y, al fondo del mismo, un hombre vestido con un elegante traje

blanco, sentado en un escritorio de madera.

La pareja de policías entró en el establecimiento entre leves sonidos de pequeñas campanas que se activaban cuando la puerta se abría. El hombre del escritorio estaba trabajando sobre una hoja de papel, con una expresión de extrema concentración en el rostro, característico por un parche negro que le cubría el ojo izquierdo.

—¿Me disculpan unos segundos, caballeros? Estoy terminando una tarea harto importante para el negocio.

Los agentes de la ley asintieron, y dieron unos cuantos pasos hacia delante después de haberse limpiado las suelas de los zapatos en el felpudo. Esfuerzo inútil, ya que el agua que caía de sus mojados uniformes estaba dejando el suelo perdido. Cuando estuvieron a una distancia suficientemente cercana, vieron lo que en realidad estaba haciendo el hombre del parche sobre la hoja de papel, que era un dibujo de una pistola, que parecía hecho por un niño de ocho años.

—Bueno —dijo el hombre mientras escondía su obra debajo del escritorio—, ¿en qué puedo servirles, agentes? Vaya, si están ustedes empapados —siguió hablando impidiendo que ellos lo pudieran hacer. Se levantó de su asiento y abrió una puerta a su izquierda— ¡Dimitri, marchando dos tazas calentitas de cacao! —después, de un armario sacó dos mantas que ofreció a los agentes para echarse por encima.

—Veníamos por lo que usted ya sabe, señor Marino —dijo Carter guiñando un ojo sin ningún disimulo. El aludido hombre del parche, Michael Marino, se quedó pensativo durante unos segundos. El semblante de ese hombre era realmente intimidatorio, gracias a su pronunciada mandíbula y su nariz torcida.

—¡Oh, ya! ¡Los sobornos! —Carter abrió los ojos de par en par e hizo un sonido sshhhh mientras se llevaba el dedo índice a los labios y, por el rabillo del ojo, miraba a su subordinado.

—¿Sobornos, jefe? —preguntó Moore— ¿Pero eso no es ilegal?

—¡No! ¡El señor Marino no se refiere a ese tipo de sobornos!

—¿Ah, no?

—¡Pues claro que no, Moore! Soborno es como aquí llaman a... cierto tipo de impuestos —inventó Carter.

—¡Ah vale! —exclamó sonriente el policía— Ya me quedo más tranquilo,

jefe.

Michael volvió a abrir la misma puerta que antes, a la izquierda de su escritorio.

—Bueno, señores. Para hablar de los «sobornos» —acompañó esta última palabra con un gesto de comillas con los dedos que, justo después de hacerlo, se dio cuenta de que había quedado ridículo—, he de llamar a nuestro negociador, que podrá informarles mejor de nuestra situación.

Los agentes esperaron sentados durante poco menos de dos minutos, hasta que escucharon unas voces desde detrás de la puerta. No sé, inventa algo. A ti se te dan bien esas cosas. El que cruzó el umbral de la puerta fue un hombre negro, de estatura media y delgado, con una poblada barba.

—¡Buenas tardes tengan, caballeros! —extrañamente, presentaba un fuerte acento del norte de Europa, pronunciando mucho las erres— Vaya, veo que están ustedes empapados —el hombre volvió a abrir la puerta de la que había salido y gritó— ¡Dimitri! ¡Venga esos chocolates! —volvió a cerrar— A lo que íbamos. Veo que hay un agente nuevo. ¿Le está enseñando la zona, Carter? —dijo sonriendo, mientras le daba la mano a Moore.

—Sí, este es el agente Dylan Moore —respondió Carter—. Aunque todavía no le he explicado en qué consisten esos impuestos —volvió a guiñar el ojo sin disimulo alguno— que tenemos pendientes.

—¿Tiene un tic en el ojo, jefe? —preguntó Moore, aunque ninguno le hizo caso.

—Muy bien —dijo el hombre negro—. Me presento entonces. Me llamo Thor Svenson, aunque mis amigos me llaman «El Vikingo», y dejaré que usted también lo haga —guiñó un ojo, este con mayor sutileza y elegancia que Carter—. Por mi exótico nombre y mi acento, habrá sabido dilucidar que soy inmigrante. Y así es, nací en Noruega —se quedó pensativo unos instantes—. Bueno, técnicamente, nací en el reino de Suecia, pero cuando yo tenía unos doce años, mi país se acabó independizando. Así que sí, soy noruego. ¿Usted de dónde es, Moore?

—Yo soy de aquí, de Manhatt... Un momento... ¿Noruego? —el agente se puso a mirar de arriba a abajo a Thor— Pues no lo parece.

—¿Por qué?

—Porque los nórdicos son muy altos, generalmente. Y usted es más bien

pequeño.

—Genes sureños, supongo —dijo con una carcajada el noruego.

—Bueno, señor Svenson, hemos venido aquí a hablar de negocios —una mirada fugaz de Moore le hizo reaccionar—. Perdón, quería decir de «impuestos» —rectificó.

—Y, efectivamente, eso es de lo que vamos a hablar, agente Carter. Aunque, por favor, llámeme Thor o vikingo.

—Prefiero no hacerlo —un incómodo silencio siguió a la afirmación de Carter. Svenson abrió la boca para decir algo, pero estuvo varios segundos sin emitir ningún sonido.

—Sobornos —dijo por fin Thor.

—Sobornos —repitió Carter, asintiendo—. Bueno, «sobornos» —acompañó la palabra esta vez con un exagerado gesto de comillas—. Espero, Svenson, que esté usted al corriente de que nos deben una gran cantidad de «sobornos», que fueron prometidos a la comisaría de policía de Manhattan por hacer la vista gorda ante ciertas actividades de su empresa.

—¿De qué está hablando, jefe? —nadie hizo caso a la pregunta de Moore.

—Efectivamente, así es, mi querido Carter. Y, ante esa afirmación, tengo dos noticias: una muy buena, y otra que no lo es tanto.

—Empiece por la mala.

—La no tan buena —corrigió Thor.

—Empiece por la no tan buena.

—Pues esa noticia consiste en que la empresa todavía —recalcó bien esa palabra— no puede pagar sus deudas con la comisaría de policía. No obstante —continuó, sin dejar hablar al policía—, la buena noticia es que tenemos un importante negocio entre manos que nos conseguirá una gran suma de dinero.

—¿Qué tipo de negocio? —preguntó Moore, provocando la estupefacción Thor y Carter.

—Uno totalmente legal —contestó rápidamente el hombre negro—. De hecho, lo puede comprobar en nuestro eslogan. Tome una tarjeta —agarró una tarjeta blanca del escritorio de Michael y se la ofreció a Moore. En la tarjeta ponía el mismo texto que en el cartel de la entrada, ***Mafiosos***

S.L.: Apuestas totalmente legales.

—Ah, vale. Pero... —el agente fue interrumpido por el sonido de la puerta al abrirse, seguido de una grave y potente voz, con un acento cerrado de Europa del Este.

—¡Aquí llega el chocolatito! —un hombre, tan alto como para tener que agacharse para entrar por la puerta, y tan ancho como para tener que entrar de lado, apareció en escena. Llevaba una bandeja con dos tazas de chocolate caliente.

—¡Gracias, Dimitri! Deja la bandeja encima de la mesa. Los agentes se lo tomarán tranquilamente —el gigantón le hizo caso—. Bueno, les estaba contando que tenemos un gran negocio entre manos, y eso significa que...

—¿En serio? —Dimitri entró en la conversación— Pero si está mañana el jefe estaba diciendo que estamos hasta arriba de deudas y que no podíamos pagar ninguna.

—Escucha Dimitri, ¿aquello no es...? ¡Sí, lo es! ¡Es un cachorrito abandonado!

—¡Cachorrito! ¡¿Dónde?!

—¡Allí, en medio de la calle! ¡Lo van a atropellar, tienes que salvarlo!

—¡PERRITO! —Dimitri salió corriendo del local, dando un portazo tras de sí mientras sonaban las campanillas de la entrada.

—Por favor, no le hagan mucho caso, es un becario. ¿Por dónde iba? —se quedó pensativo— ¡Ah, sí! El caso es que estamos preparando un gran golpe, totalmente legal —esto último lo dijo mirando a Moore—, para lo que necesitaremos el consentimiento de la comisaría de Manhattan. Supongo que ustedes querrán que nos pongamos al día con los pagos, ¿verdad?

—Así es —contestó Carter.

—Entonces, ¿nos apoyarán en esto?

—¿Pagarán los «sobornos» que deben?

—Por supuesto, ¡y con intereses! Pueden ustedes confiar en los Blacky Pounders.

Carter bebió un sorbo de su bebida e hizo un gesto de asco al percatarse de que aquello no era más que agua caliente con un poco de cacao soluble

de mala calidad.

—En ese caso, Svenson, les daremos otro voto de confianza. Pero ya es el último.

—No se arrepentirá, Carter.

Los dos agentes de policía se levantaron de sus respectivos asientos, dejando sus bebidas calientes, casi intactas, encima de la bandeja. Volvieron a dar la mano a Thor antes de encaminarse hacia la puerta de salida.

—Una última cosa, agentes —estos se volvieron—. ¿Les importaría devolvernos las mantas que llevan encima? —hicieron lo que pedía— Muchas gracias. Ya pueden marcharse.

Los agentes salieron del establecimiento y, cruzando la calle de camino al coche, vieron a Dimitri, agachado junto otro vehículo aparcado, y gritando:

—¡Perrito! ¿Dónde estás? ¡No tengas miedo, vengo a ayudarte!

Dentro del local, Michael Marino entraba otra vez al recibidor.

—¡Malditos desgraciados! ¡Me han dejado el suelo hecho un desastre! —exclamó el tuerto mientras fregaba la suciedad que había dejado la pareja de policías.

—Por el ojo de Odín, Mike, dime que la trola que les he soltado tiene alguna parte de verdad y tienes algo pensado para poder pagarles.

—Bueno —se llevó la mano al mentón—, he pensado que podría intentar vender mis dibujos.

—¿Qué dibujos? —Mike fue detrás del escritorio y sacó el dibujo de la pistola que había terminado hacía unos minutos— Siempre pensé que esos dibujos eran de tus sobrinos.

—Pero si llevo más de diez años sin ver a mi hermana —Thor se encogió de hombros.

En ese momento, Dimitri entró por la puerta. Su gran traje marrón estaba mojado y manchado de barro, y su cabeza, totalmente libre de cabello, brillaba a la luz de la bombilla.

—No he encontrado el perrito que decías, Thor. Pero este pequeñín me ha cogido mucho cariño mientras lo buscaba —el gigante enseñó una

pequeña araña de patas largas que tenía en la palma de la mano.

Mike soltó un estridente grito y cayó al suelo, tropezando con la silla del escritorio.

—¿Qué le ocurre, jefe? —preguntó Dimitri.

—¡Nada! —respondió levantándose— Solo me ha dado un calambre.

—Por un momento pensé que te había asustado la araña, Mike —dijo Thor.

—¡Pero qué chorradas dices! ¡A trabajar todo el mundo!

—¿En qué?

—¡Yo que sé! ¡Haced algo útil! ¡Pero ya! —los dos subordinados se dirigieron a la sala auxiliar— ¡Dimitri, primero saca a ese bicho del local!